

BIBLIOGRAFIA

JOHANNES HUBSCHMID. PRAEROMANICA. Studien zum vorromanischen Wortschatz der Romania mit besonderer Berücksichtigung der frankoprovenzalischen Mundarten der Westalpen.— Verlag A. Francke AG, Bern 1949.

Este estudio de J. Hubschmid, hijo del conocido lingüista J. U. Hubschmid, que forma el vol. 30 de la colección "Romanica Helvetica", trata, como indica el autor en el prólogo, de "algunos problemas escogidos que nos plantea el léxico de origen prerrománico". Estas investigaciones que tienen por objeto penetrar en el substrato lingüístico del S. O. europeo utilizando los elementos, irremediablemente escasos que sobrenadan en las lenguas neolatinas, se mueven, por necesidad, en una atmósfera muy enrarecida. Dentro de esta escasez básica es, sin embargo, maravillosa la riqueza del material, puesto a su alcance por la dialectología y la publicación de documentos antiguos, que el autor puede aducir. Esta riqueza no puede menos de producir asombro, mezclado con algo de envidia, a cuantos se ocupan de lingüística vasca y, en este sentido, obras como la que reseñamos constituyen el mejor acicate para que, en un campo muchísimo más reducido espacialmente y por tanto más accesible, realicemos el trabajo previo indispensable para el progreso de nuestros estudios.

El autor, que sigue con toda atención los estudios vascos, se ocupa repetidas veces de cuestiones que tocan a la vascoología. Es más: al señalar el carácter parcial, de detalles, de su trabajo presente, promete otro, de conjunto, que ofrecerá sin duda el mayor interés: "...estos problemas deben ser aclarados en un trabajo posterior dedicado al substrato lingüístico hispano-caucásico y a otros substratos preindoeuropeos en las lenguas europeas. (p. XI)".

Entre las referencias al vasc. de la obra que nos ocupa, señalamos una, particularmente sugestiva. El autor aproxima vasc. *jauregi*, *jauretsi*, *jaurgo* a galo **juri*-/**jour*-, de origen preide. por su falta de correspondencias extracélticas, que vive como apelativo en los Alpes occidentales (frprov. *dzô*, etc. "selva") y está representado abundantemente en la toponimia (el *Iura* de César, p. ej.). El galo *jur*- significaba "elevar (un monumento)" y en galés mod. *ior* significa "Dios" (galés medio "jefe supremo"). "El galo **juri*- designaba,

pues, alturas boscosas y, en los nombres de ríos, un ser divino (elevado). (P. 106)". Lo que da valor a esta aproximación es que el galés *ión* "señor, el Señor", sinónimo de *ior*, muestra la misma alternancia *r:n* que las formas vascas citadas con *vasc. jaun* "señor". "Esta etimología muestra que un substrato preide, emparentado con el *vasc.*, ha dejado también huellas en el céltico; esta hipótesis es preferible a una aproximación a nombres de río como el lit. *Jura*, etcétera, que, según algunos, serían de origen preide, y emparentados con *vasc. ur* y su familia". (P. 107).

Sorprende un poco que, entre la selecta bibliografía citada, se recomiende para el estudio de la evolución fonética de los préstamos románicos en *vasc.* el "Manual de dialectología española", de V. García de Diego (Madrid, 1946), que ni por la selección del material ni por el método puede manejarse sin precauciones.

L. M.



JOSE MARIA IRIBARREN, Historias y Costumbres (Colección de ensayos). Imprenta de la Exema. Diputación de Navarra. Pamplona, 1949.

La Institución "Príncipe de Viana" ha editado con la pulcritud tipográfica que le es peculiar esta colección de ensayos de un autor que ha hecho fortuna literaria bien saneada.

Los asuntos son dispares, aunque bien pueden quedar encuadrados en dos apartados que no dejan de ser afines: el folklore y la historia. Y de todas suertes, la unidad constructiva la da la constante *navarra*, que es médula de todos estos ensayos.

Hace tiempo que Iribarren era conocido y celebrado como folklorista. Sus cuentos y anécdotas extraídos de lo más hondo del saber popular y presentados con un humor que no desvirtúa la expresión pristina, habían hecho tan recomendables sus libros, que el "agotamiento" se presentía desde su aparición.

Peró los lectores de "Príncipe de Viana" le venían conociendo también como historiador de amplio vuelo y, sobre todo, como historiador erudito. De ese modo, si los lectores se constituyen en "agotadores" de los libros de Iribarren, éste se constituye también en "agotador" de las fuentes que utiliza. No lo podrá desmentir quien lea el capítulo dedicado a la batalla de Larremiar, que ha venido a arrumbar el contumaz tópico consistente en designar a

tal acción como batalla de Larrainzar, error en que ha incidido también el que firma esta reseña.

Hay que esperar que Iribarren no abandone ya la investigación histórica, en la que tantos éxitos le esperan.

F. A.



ARANTZAZU. Euskal Poema. A. Salvatore Mitxelena.—Editorial Icharopena. Zarauz, 1949.

Hace tiempo que no hemos leído un libro eusquérico con tanto agrado. Se trata de la historia del Monasterio franciscano a través de los tiempos; y de los hitos marcados en las tierras vascas en forma de historias, leyendas, cantares y poesías, en un hermoso vascuence: fácil y rico; preciso; limpio sin pedantería, con suelta sintaxis y rima segura como corresponde a un poeta de cuerpo entero; y gestando de aquí y allí un vasc. polifonético y grácil que se leerá con mucha facilidad (que es el mayor elogio que se puede hacer del vasc. escrito).

Cuenta al principio, demasiado rápidamente, los inicios y las leyendas de los tiempos gentilicos; las ingenuas maravillas de la dama de Amboto, los hechizos de Marigaisto. Alternan las producciones populares, fielmente transcritas, con las propias del autor, sin que sea fácil decidir dónde esté lo más logrado de Poesía.

Teniendo en cuenta que, hoy por hoy, el mejor modelo para nuestros poetas sigue siendo el "Cancionero popular", está dicho lo mejor de la Poesía de Michelena.

Después cuenta, siempre en esta feliz alternancia del puro folklore con el estro del poeta, la aparición de la Virgen, las idas y venidas de las gentes más o menos crédulas, las pugnas de los sencillos oñatiarras para deshacer las intrigas interesadas del *jaun kuntia*, respecto al sitio de la erección de la ermita y, por fin, la diáspora y consagración de la fama y milagros de *Andra Mari* por las cuatro puntas de Euskalherri y más allá, recogiendo poéticos testimonios populares de la devoción, en un tiempo mucho mayor, de todas las tierras del vascuence hacia la Virgen de Aránzazu.

Al final trae ilustraciones musicales para ser cantados los poemas. Sabemos que los estudiantes de Loyola representaron esta obra en forma teatral; pero quizá para esto resulte un poco larga, pues no ha sido ése el objetivo del autor.

Lleva la obra unas soberbias ilustraciones debidas a la pluma de Xavier de Eulate, franciscano también, de dibujo fino y seguro, y de composición inspirada. Algunas grecas son de trazo de artista consumado.

Y para que todo no resulte elogios en esta reseña, observamos en algún dibujo actitudes forzadas, no siendo lo más logrado la policromía de la cubierta.

Lo que más destaca en la Poesía de Michelena es el tono de humanidad, el espíritu franciscano de apoyo y amor del humilde que trasluce por toda la obra, como por ejemplo: al relatar los abusos de los señores feudales y el tesón del de abajo:

Jaun kontiaren asmo maltzurra
kalera Imajiña jetxi
ta an oñatiko bere jaurgoan
kallillatxo bat autetsi;
Besteren urak bere errotara
nai ark orain ere nasi...

Animadunak baserritarrak
zaldunak gaituk gu ere
zerutarako jaiok eta
ez, egoteko ire mende.
Euskalherriko odol garbiko
aitunen semeen ez beste.
Aurki gaituk bai ik nai ez ta-re
gere buruaren jabe!

Y sigue luego con una poesía popular vizcaína en un tono cristiano viejo:

Eriotzari gauza bategaz
oi natxako ni kontentu:
aberatsari diruak atik
ez oi diote barkatu.
Aberats orrek diruak ditu
pobriak humildadia.
Humildadiak idekiten dau
zeru altuan atia.

Doscientas páginas y pico de Poesía vasca, en fin, cuya lectura será grata no sólo a la persona sencilla y piadosa, sino también al erudito.

A. Y.

DE YURRE A IZASCUM. INVESTIGACION SOBRE LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE IZASCUM, por Federico Guevara Ezquiaga.—Tolosa, 1949.

El ejemplar devoto de Nuestra Señora de Izaskun que decoró antes con su pincel el santuario de su bienamada Virgen, ha ilustrado ahora con su pluma un paseo histórico de su predilecta imagen, desde los albores de la historia guipuzcoana hasta estos días de su coronación.

Si la historia de Monseñor Mayora denunciaba a un autor extraordinariamente cauto, esta Historia de don Federico Guevara nos la muestra como arriesgado funámbulo a quien no marea el vértigo de las alturas. Para él, como para otros muchos, la leyenda es una proliferación, siquiera sea morbosa, de la historia. De ahí su empeño en asirse a esas ramas sin savia de nuestra historia guipuzcoana que son el Concilio de Fuenterrabía, el Obispado de Pasajes y la inscripción romana de Platano, el enemigo de Licinio.

Es también maestro el laborioso investigador tolosano en el arte de establecer conexiones entre asuntos aparentemente dispares, a lo que le impulsa una imaginación poderosa y una extraordinaria capacidad deductiva. La cadena Olazábal-Yurre-Izaskun está para Guevara perfectamente trabada: falta que lo esté para todos.

Lo que con toda verdad se puede afirmar es que el autor está dotado de buenas condiciones para el cultivo de las disciplinas históricas, ya que lee mucho y no le falta cierto genio inductivo. Si extrema esta última calidad, será porque se le ha metido muy adentro la opinión expuesta por personalidades de renombre universal, según la cual es más razonable ante la leyenda la posición de credulidad que la de incredulidad.

No suscribo esa opinión, pero no tengo inconveniente en aceptar con el docto prologuista del libro, don José María Doussinague, que don Federico Guevara se nos presenta en su libro "como un artista cuya intuición penetra más allá de lo que alcanza el puro silogismo".

Si, además de eso, se nos ofrecen en el libro fotocopias de preciados documentos e ilustraciones muy valiosas de hechos y personas de nuestra historia y, sobre todo, se nos sugieren temas insospechados en los que puede todavía ejercitarse la investigación con fruto, tendremos buenos motivos para felicitar al autor.

F. A.



FELIPE III Y FELIPE IV, EN SAN SEBASTIAN, por Adrián de Loyarte.—San Sebastián, 1949.

Don Adrián de Loyarte es autor de treinta y cuatro títulos de obras de historia y literatura, proyectadas las más de ellas sobre nuestra provincia de Guipúzcoa. Ahora acaba de lanzar al mercado un libro sobre el tránsito por San Sebastián de los reyes Felipe III y IV. Suele disponer don Adrián de buena documentación que ha ido procurándose en archivos y librerías de viejo previas las correspondientes expensas. Por eso le es dado manejar textos que, como el rarísimo de Miguel de Zavaleta, sólo nos era conocido a los demás mortales a través de los fragmentos suministrados por Alenda y Pidal.

Los tránsitos de esos dos reyes por la capital donostiarra no venían obligados por exigencia ineludible de itinerario. Es sabido que la carretera real le hacía un quite a San Sebastián; pero ésta, entonces villa, ejercía demasiado atractivo para que se le dejara de lado y, por otra parte, el paso por barca desde Herrera a Molinao no dejaría de tentar por su pintoresquismo a los organizadores de los regios viajes.

La extraordinaria laboriosidad del señor Loyarte le obliga, sin duda, a procurarse ayudas subalternas que no le son absolutamente fieles en la transcripción de textos y dictados. Sólo así, interpretándolos como errores materiales y no formales, se explica que en el curso del libro se diga repetidamente que don Luis de Haro y el Conde Duque de Olivares eran una misma persona, salvo cuando se transcribe correctamente un texto de Gracián; y que la relación de Castillo, tan conocida en nuestra bibliografía, aparezca atribuida insistentemente a Fernández del Campo. El hecho de que este último error aparezca explicado—pero no justificado—en la fe de erratas, es prueba de que nos hallamos ante errores materiales que no dejan de ser lamentables.

Muy oportuno hubiera sido que en el libro se recordase que el “López (sic) de Vega, sacerdote”, mencionado no era otro que el fénix de los ingenios que recordó más tarde en una de sus piezas literarias algunos versos en vascuence difícilmente prendidos en su memoria con ocasión del viaje regio, y que se evocase asimismo que el Diego de Velázquez, también escuetamente citado, era el portentoso genio de la pintura que precisamente, según cuentan sus biógrafos, vino a enfermar con enfermedad de muerte, a raíz del viaje en el que tuvo que desempeñar cometidos agobiantes.

Don Adrián opone tímidas observaciones a algunos extremos de la relación de Hume tan inoportunamente utilizadas por Deleito Piñuela.

Esas observaciones tan tímidas y titubeantes deberían haberse transformado en una negativa absoluta, porque es sabido que Felipe IV no se casó en San Sebastián, como afirma Hume, ni en San Juan de Luz, como quieren los franceses convirtiendo velaciones en matrimonio, sino en Fuenterrabía.

Esos errores materiales y esas omisiones no impiden que el libro del señor Loyarte ofrezca un gran interés para el esclarecimiento de algunos de nuestros problemas históricos y que sea candidato a la compra de quienes traten de formar una biblioteca de asunto local.

F. A.

